

## El Rey Lear y los desafíos de la jubilación<sup>1</sup>

Sandra Buechler<sup>2</sup>

New York, NY, USA

La gran obra de Shakespeare, "King Lear", traza la caída de un hombre que se retiró sin tener suficiente idea del impacto de su decisión. La autora utiliza la obra para enmarcar preguntas sobre el curso de su propia jubilación de la práctica psicoanalítica, el 31 de mayo de 2019. ¿Cómo podría la decisión de retirarse cambiar el sentido de su propia identidad y la de sus pacientes acerca de quién es ella realmente? ¿Cuáles son algunos de los desafíos de vivir en la jubilación, sin la estructura y el propósito que proporciona una práctica analítica?

**Palabras clave:** jubilación, práctica profesional, Rey Lear, identidad analítica, envejecimiento

Shakespeare's great play, "King Lear" traces the downfall of a man who retired without sufficient insight into the impact of his decision. The author uses the play to frame questions about the course of her own retirement from psychoanalytic practice, on May 31, 2019. How might the decision to retire change the analyst's sense of her own identity, and her patients' perceptions of who she really is? What are some of the challenges of living in retirement, without the structure and purpose an analytic practice provides?

**Key Words:** retirement, practice, King Lear, analytic identity, aging.

*English Title: King Lear and the challenges of retirement*

### **Cita bibliográfica / Reference citation:**

Buechler, S. (2021). El Rey Lear y los desafíos de la jubilación. *Clínica e Investigación Relacional*, 15 (1): 46-57. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de [www.ceir.info](http://www.ceir.info)] DOI: 10.21110/19882939.2021.150104

<sup>1</sup> Reproducido con autorización de la autora y del International Forum of Psychoanalysis © Publicado como: Sandra Buechler (2021) King Lear and the challenges of retirement, *International Forum of Psychoanalysis*, <https://doi.org/10.1080/0803706X.2020.1851047>; Traducción castellana de Alejandro Ávila Espada.

<sup>2</sup> Sandra Buechler, Ph.D. (New York), actualmente jubilada, ha sido Psicoanalista, Analista Didacta y Supervisora en el William Alanson White Institute y supervisora en el Programa postdoctoral y de Residentes del Columbia Presbyterian Hospital, así como en el Institute for Contemporary Psychotherapy. Entre sus obras: *Valores de la Clínica: Emociones que guían el tratamiento psicoanalítico* (2004); *Marcando la diferencia en las vidas de los pacientes: Experiencia emocional en el ámbito terapéutico* (2008); *Permanezco ejerciendo: Las alegrías y angustias de una carrera clínica* (2012); *Comprendiendo y tratando pacientes en Psicoanálisis Clínico: Lecciones desde la Literatura* (2015); *Reflexiones psicoanalíticas. Formación y práctica* (2018) y *La aproximación psicoanalítica a los problemas del vivir* (2019). Varias de ellas han sido traducidas al castellano y publicadas en la colección Pensamiento Relacional (Madrid: Ágora Relacional).

Al comienzo de la obra, el rey Lear, imperioso, anuncia su plan de renunciar a los cuidados del gobierno, y dividir su reino en tercios, con una porción que va a cada una de sus tres hijas. Pero primero, tienen que someterse a una prueba. Cada una debe declarar su amor por su padre. Las dos mayores no tienen problemas para superar (la prueba), bañando a su padre con hipérbole hipócrita. Pero Cordelia, la más joven, con estricta honestidad (y, tal vez, poco generosa) falla y es desterrada apresuradamente. Lear llega a lamentar su mal juicio, al enterarse de la amarga verdad de que sus hijas mayores sólo tienen astucia egoísta en sus corazones, y no hay amor por él. Cada una compite por satisfacer menos sus necesidades, hasta que siente que no tiene más remedio que dejar todo atrás y desafiar a los elementos. Lear vaga, perdido en una terrible tormenta envolvente que inunda su mente desordenada, así como sus circunstancias desesperadas. Mientras tanto, en una subtrama, el conde de Gloucester juzga igualmente mal a sus dos hijos, engañado por su hijo bastardo confabulador para volverse contra su otro hijo, inocente y legítimo. Gloucester es cegado por la hija viciosa de Lear y su marido, para intentar salvar al rey. Lear, trastornado y angustiado, llega a sentir lástima por un loco, un pobre mendigo que conoce (que en realidad es el inocente hijo de Gloucester disfrazado), y todos aquellos que se enfrentan a la vida "sin comodidades". Al final de la obra Lear recupera sus sentidos y se reúne brevemente con Cordelia, antes de que sea asesinada por sus enemigos. Su corazón se abre a Cordelia, su única hija verdadera, cuyo amor por su padre sobrevivió intacto.

Difícilmente formularemos un pronóstico optimista para aquellos de nosotros que hemos optado por "renunciar a las preocupaciones" de nuestras ocupaciones y retirarse. Pero, ¿podría ser inevitable que compartamos algo de la confusión y el dolor de Lear? Como él mismo, (creo que sólo medio bromeaba) pregunta "¿Puede alguien decirme quién soy?" Que él le pregunte esto a alguien que no sea él mismo está, por supuesto, en función de su carácter particular. Una de sus hijas confabuladas describió correctamente a su padre como "escasamente" conecedor de sí mismo, incluso en su mejor momento. Pero creo que también es producto del trastorno de renunciar a la vida que conocía.

Me encuentro comparando notas con Lear, mientras navego por la jubilación. A pesar de los años de tratamiento analítico, ¿también me conozco "escasamente"? ¿Qué me enseñará la jubilación sobre mí misma, que nada antes hubiera podido iluminar? Tengo una corazonada vaga pero persistente de que algo en el viaje de Lear puede ayudarme a aclarar mi propia ruta.

Como ya he narrado en un trabajo anterior<sup>1</sup>, al finalizar mayo de 2019 terminé mi ejercicio profesional como psicoterapeuta psicoanalítica que había comenzado en 1979. Mi decisión, unilateral, de retirarme sorprendió profundamente a algunos, confirmó lo que otros habían

estado sospechando durante un tiempo y, para unos pocos, sospecho, vino como un alivio, ya que ellos mismos eran reacios a plantear el tema de la terminación.

Para algunos, mi anuncio me trajo la pregunta de quién soy realmente. ¿Podría seguir siendo quien había sido (para mis pacientes y para mí misma) antes de decidir que me retiraba? ¿Debería querer eso? En la mente y el corazón de algunos, mi decisión de retirarme creó dudas sobre el significado de nuestro trabajo, el significado de nuestra relación y mi carácter. ¿Quién era yo, que podía tomar esta decisión unilateral? ¿Qué éramos, en realidad, el uno para el otro? ¿Qué significa sobre la relación que pensaban que teníamos, que yo podría terminarla? ¿Eso cancela años de ideas, junto con una creencia en nuestra mutualidad, y una creencia en mis básicamente buenas intenciones??

No sólo los pacientes se preguntaban qué significaba esta decisión sobre quién soy realmente. Pasé muchas horas reflexionando. Después de todo, durante gran parte de mi carrera escribí sobre mantener vivo el propósito terapéutico. El título de uno de mis libros es "*Permanezco Ejerciendo...*" (2012). ¿Me estaba engañando a mí misma y/o a otros cuando escribí sobre las satisfacciones que encontré en la tarea? ¿Significa esto en última instancia que no me había encantado, más que nada, el psicoanálisis, o mis pacientes? ¿O el amor era real, en algún momento, pero ahora se había atrofiado?

Las preguntas sobre mi identidad constituyen sólo un aspecto de los desafíos a los que me enfrento en la jubilación. A medida que los experimento, la mayoría de los otros desafíos que están relacionados tienen que ver tanto con la autorregulación como con la autodefensa. Cada nuevo día, lleno de posibilidades en lugar de una agenda de citas, espera para ser definido. Desde un ángulo todo es oportunidad; desde otro, responsabilidad infinita. Debido a la falta de restricciones, siento profundamente mi responsabilidad ante mí misma para usar bien el tiempo. Me imagino que gran parte de esto no es diferente para el contable, pediatra, carpintero, bailarín jubilado, etc. ¿Son mis desafíos puramente una función de mi carácter particular, intensificados, quizás, por una vida de introspección mutua con mis pacientes?. Si el trabajo de mi vida hubiera sido menos introspectivo, ¿me sentiría diferente ahora mientras bebo mi café matutino? ¿Cómo se relaciona la clínica que fui con la jubilada en el que me convertiré?

Paralelamente, he reflexionado sobre cómo los rasgos que condenan a Lear a la miseria cuando renuncia a su corona están relacionados con cómo la llevaba como rey. Quizás lo que parece una recalcitrante obstinación una vez que se ha retirado fue previamente admirado como fuerza de voluntad. Lear es implacable en su insistencia en lo que él ve como su deber. Y aunque el *Rey Lear* es una obra de ficción (basada en una figura real del pasado) creo realmente que hay mucha sabiduría sobre la jubilación que se puede obtener

prestándole atención. Si lo imaginamos mientras le escuchamos, creo que habla por todos los que, de una manera u otra, se han "identificado" con su papel en la vida, y luego renuncian a él. Por ejemplo, Lear fue (al menos al final de la obra) "cada centímetro de un rey". Tras toda una vida de vivir su papel, encajaba en él perfectamente. Cuando nuestros personajes coinciden plenamente con su posición que es bien reconocida por la sociedad, ¿qué puede significar la jubilación? ¿Qué significa para el abogado experimentado, que cada centímetro de sí es abogado, que siempre estuvo temperamentalmente dispuesto para sostener batallas legales, y ahora, en la jubilación, ya no tiene a alguien por quien luchar? Si un actor está acostumbrado a intentar ser otros personajes, y actuar temporalmente su camino a través de otras vidas, ¿qué significa estar confinado en el suyo? Los mensajes frecuentemente les dicen a los que se retiran que tomen otras actividades. Los anuncios de comunidades para jubilados muestran a personas mayores felices, manteniéndose activas y vitales al asumir nuevos intereses. Para mí es como si nos hubiéramos pasado décadas adaptando un traje para que nos ajuste bien, y luego se espera que nos lo quitemos y nos pongamos uno de un almacén. ¿Qué se pierde si nos "adaptamos" sin problemas a este nuevo requisito? ¿Qué se pierde si no lo hacemos? Creo que Lear nos da un ejemplo para estudiar los peligros y virtudes de negarnos a adaptarnos.

Al comienzo de la obra, Lear anuncia que quiere renunciar a las exigencias del cargo, pero conservar la pompa, el séquito, la majestad, la autoridad incuestionable. No puedo evitar mi propia reacción puritana a esto. A mí me parece que quiere su postre sin comer sus espinacas. Pero sin proclamarlo, me pregunto cuántos de nosotros pensamos que estamos haciendo un trato irreal similar. Por supuesto que todos sabemos algo de lo que estamos perdiendo cuando nos retiramos (el dinero, la estructura) pero ¿cuáles son las pérdidas más sutiles, sólo palpables después del hecho?

A veces he pensado en la caída de Lear como inevitable, incluso sin la confabulación de sus hijas mayores. Su objetivo es renunciar a las exigencias de su posición, pero retener a los hombres que le sirven. Antes de los enfrentamientos con Goneril y Regan que lo despojan de su séquito, vemos a Lear disfrutando de su compañía con despreocupación. Aparentemente quiere pasar sus días restantes de esta manera. Por lo tanto, perder el séquito equivale a perder la vida. Es fácil concentrarse en esta pérdida como una lesión a su orgullo como, de hecho, lo es. Pero creo que es más que eso. Es la pérdida del único plan de retiro que tiene. Lear no tiene plan B. También es cierto que es un hombre que es poco probable que acepte uno, y en ese sentido, su caída se debe a su carácter. Pero creo que también es cierto que Lear no sabe qué hacer sin la familiar camaradería de sus hombres. Depende de ellos como reflejo de quién es (todavía) y como sus únicos compañeros de juego (además del bufón, su compañero de juegos verbal, de quien también es bastante

dependiente). Su "plan" es aferrarse a ellos. ¿Puede un plan así funcionar bien alguna vez? Mi propia experiencia dice que los únicos planes que realmente funcionan implican algún tipo de nuevo crecimiento. No necesariamente me refiero a nuevas actividades. Como T.S. Eliot dijo con tal elocuencia y perspicacia:

Los viejos deben ser exploradores  
 Aquí y allá no importa  
 Debemos estar quietos y en movimiento  
 En otra intensidad...

(1943, p.26)

La desgarradora peregrinación de Lear lo llevó a una intensidad mucho mayor. Dejó todo lo familiar y se arrojó al mundo casi literalmente desnudo. Sufrió inmensamente, perdió enormemente, pero también ganó una curiosidad más profunda, mayor compasión y mayor capacidad de amar. Sin estar protegido por su posición, expuesto al frío exterior en todos los sentidos, su sufrimiento lo humaniza. Obligado a vivir entre los "no acomodados" desarrolla un interés genuino por los seres vivos que lo rodean. Por primera vez, deja que su corazón registre su difícil situación. En un momento dado, golpeado por el escalofrío indefenso del mendigo, se castiga por toda una vida ajeno a los necesitados. Reconoce que "se ha ocupado demasiado poco de esto". (p.273). Su corazón se rompe, pero también se abre y es capaz de experimentar todo el poder del amor (por Cordelia) al final de la obra. Si esto es o no transformador ha sido un tema de controversia para muchos (Bloom, 2008: Tolstoi, 1906/2008) que no ven ninguna redención significativa, mientras que otros (Bradley, 1904/2008; Garber,2004) tienen una visión mucho más positiva. Voto con aquellos que lo ven como una gran transformación.

Tiendo a pensar que la pérdida de una identidad estable y a la que estaba acostumbrado expuso a Lear a aspectos de la vida que nunca había experimentado. La "tormenta" subsiguiente lo llevó al (o, algunos dirían, más allá) punto de la locura. Mientras que algunos (por ejemplo, Tolstoi,1906/2008) critican la obra, encontrando aspectos de la historia poco realistas, creo que sus elementos "poco realistas" contienen su sabiduría más profunda. Tolstoi se opone a la obra con el argumento de que no hay explicación para la ira de Lear con Cordelia, y el "...destierro antinatural de Lear durante la tempestad y su deambular por el páramo..." (pág. 161) no tiene sentido. Pero, para mí, la obra es aún más conmovedora debido a la irracionalidad determinada de algunos personajes. La ira indignada muy a menudo no tiene sentido racional. Como Dostoievski, (1972) el autor ruso compañero de

Tolstoj, tan conmovedoramente retratado en los "Apuntes del Subsuelo"<sup>3</sup>, el hombre puede intencionalmente, conscientemente desear incluso algo dañino para sí mismo, algo estúpido, incluso muy estúpido, a saber: con el fin de tener el derecho de desear algo incluso muy estúpido y no estar obligado a desear sólo lo que es inteligente" (pág. 232).

Esto me lleva a reevaluar algunos de mis propios comportamientos racionales e irracionales, inteligentes y estúpidos. ¿Qué motivos podría haber pasado por alto en cómo estoy llevando a cabo mi vida ahora? ¿De qué he "cuidado demasiado"? ¿De qué aspectos de mi cómoda identidad familiar es hora de deshacerme, ya sea porque ya no encajan o porque nunca lo hicieron? ¿Me he adentrado, como Lear, en un desierto sin el conocimiento adecuado de mí mismo y, por lo tanto, sin la preparación adecuada? ¿Cuál es mi plan B? De hecho, ¿Cuál es mi plan A?

Dejar un yo anterior a la jubilación se parece mucho a otros concomitantes del proceso de envejecimiento. Todo es cuestión de una reducción juiciosa. ¿Qué se puede desechar? ¿Qué necesito realmente conservar? ¿Es "saludable" rodearme de recuerdos del pasado? ¿Respiraré entonces demasiado polvo de mi propio museo privado? ¿Es mejor crear un espacio minimalista y ordenado que refleje mi vida actual, libre y ordenada?

La jubilación concreta la sensación de pérdida inherente al proceso de envejecimiento. Mucho antes de decidir retirarme vi cómo mis pérdidas reaparecían. En su gran poema, "Un arte", Elizabeth Bishop (2010) declara ingeniosamente que perder es un arte que puede y debe practicarse. Nos aconseja que perdamos algo todos los días, como las llaves o una hora. Esta es la manera de prepararse para las pérdidas mayores, como hogares, ciudades y personas que amas. En cierto sentido, todas las pérdidas pueden traer de nuevo sentimientos sobre otras pérdidas. Con los cambios en la cultura y en la tecnología he perdido un ambiente que ni siquiera sabía con que contaba con él, donde la gente se cuidaba en la calle, en lugar de mirar las pantallas. Esta pérdida puede asumir el peso de las pérdidas más personales que he sufrido. Es como si la pérdida, en forma de niebla, puede asentarse y oscurecer cualquier lugar que esté despojado de lo familiar. Cuando perdí mi antiguo barrio, también perdí al hombre que solía venderme el periódico. Mientras lloraba la última vez que lo vi, me pregunté por qué, para quién, eran mis lágrimas.

Con la jubilación perdí la mayoría de los rituales que marcaron mi día durante medio siglo. Aunque todavía tomo café por la mañana, no es el mismo café. Ya no tiene la función de sacarme por la puerta y ponerme en el trabajo. Puede ser un café muy agradable, saboreado lentamente, filtrándose hasta media mañana. Pero es diferente de antes. La jubilación hizo oficial mi envejecimiento, en cierto sentido. Antes de la jubilación me sentía

---

<sup>3</sup> N. de T.: También conocida como "Memorias del Subsuelo". Obra de 1867.

más vieja, pero mi vida parecía más o menos la misma. Ahora mi vida está visiblemente alterada. Llevo ropa diferente. No hay más fines de semana, porque no hay más semanas, sino sólo días que se siguen unos a otros. El trabajo dio al día demarcaciones. Hubo tiempo antes del trabajo, luego trabajar, luego el tiempo después del trabajo, luego dormir. Ahora sólo hay tiempo.

La mayoría de mis días se construyen en forma de pastel de tres capas, con una base de autocuidado físico básico, un centro intelectual sustantivo y actividades sociales que proporcionan la guinda. La receta es lo suficientemente vaga como para permitir muchas variaciones. Muchos están llenos de lectura y escritura, pero a veces voy a un museo o a un concierto. Riendo, a esos los llamo mis "días libres". La verdad es que todos mis días son días libres ahora. Tengo una nueva libertad para dejar que mis sentimientos den forma el día. Antes de esto, cuando despertaba el día ya estaba pre-formado de acuerdo con mi horario, y tenía que encajar en él, sin importar lo que sintiera. Podría despertarme con un fuerte deseo de escribir, o caminar, o escuchar a Bach. Pero, a pesar de que era mi día y mi horario, se sentía como algo fuera de mí, un molde mal sintonizado en el que tenía que contorsionarme. Ahora, en su mayor parte, el día toma forma desde adentro, alterándose conmigo mientras lo vivo.

Esta libertad, simplemente para escuchar cómo me siento y vivir en consecuencia, es altamente adictiva, ya que puede convertirse rápidamente en una necesidad. Encuentro que tener más tiempo no me hace menos protectora. De hecho, probablemente soy más protectora. A punto de inscribirme para hacer algo, o ver a alguien socialmente, me pregunto si realmente querré hacerlo cuando llegue el momento. La mayoría de las veces la respuesta es "no". Solía haber una brecha mayor entre mi respuesta inicial (seguro, lo haré) y mis sentimientos cuando llega el momento (¿por qué acepté esto?). Ahora soy, creo, más realista desde el principio. ¿O estoy más retraída?

¿Hay algo que pueda generalizarse de mi reacción a la jubilación, o es particular de mi carácter y de la forma de vida que busqué en mi carrera? Si bien, sin duda, parte de mi respuesta es personal e idiosincrásica, creo que cualquier pérdida profunda (o, más proactivamente, un dejarme ir) puede enseñarnos algo sobre la condición humana. Mientras estamos obligados (por un papel y una identificación con ese rol) servimos a los dioses que podemos o no reconocer. Lear adoraba la justicia y la reciprocidad. Una y otra vez criticó lo injusto que era que le diera tanto a sus hijas y no le correspondieron. Pero, al final, cuando le dice a Cordelia que su comportamiento le ha dado todo el derecho a rechazarlo, en la ternura misericordiosa ella dice "sin causa". Para mí, esta sencilla frase contiene un mundo, y es un mundo muy diferente del que Lear había gobernado. Este

momento es el que me dice que ambos han cambiado fundamentalmente. La anterior Cordelia, se casaba con su verdad, no podría haber dicho esto, y el antiguo Lear, cuidando su imagen, no podía haberlo obtenido ni atesorado. La pérdida tiene el potencial de revelar nuestra piedad.

Lear también adoraba ser adorado, pero tampoco lo sabía, hasta que fue demasiado tarde. Mientras llevaba la corona no tenía que saberlo, porque la adoración le llegó automáticamente. Sólo cuando renunció a la corona, y ya no mandó obediencia incuestionable, tuvo la oportunidad de saber cuánto necesitaba ser obedecido. Cuando era su derecho, no tenía que ser poseída como una necesidad personal. Era su derecho como rey. Pero cuando pasó su reino a sus hijas todo eso cambió. Fue expuesto, literal y figurativamente. Para mí, gran parte de la obra funciona mejor como un sueño poético, al igual que "El Mago de Oz" (Baum,1900). Sacudidos por una terrible tormenta, nos encontramos con criaturas transformadas en extraños representantes del bien y del mal. En una historia algunas son brujas, mientras que en la otra algunas son siniestras hijas conspiradoras. En Oz hay Munchkins inofensivos y protectores benévolos. En el Rey Lear hay bufones sabios y sirvientes leales, como Kent. Las tormentas sacuden las cosas de maneras que se entienden mejor en retrospectiva. Sólo entonces podemos ver que Oz era una parada en el camino a un hogar recién apreciado, y la tormenta atormentada de Lear fue un pasaje a una muerte muy diferente de la que podría haber tenido antes de que le azotase.

Así como Lear tiene que averiguar quién es además de su majestad, tengo que descubrir(me), o, tal vez, descubrir (cómo es) mi yo sin trabajo. En el camino, podría encontrar cosas que no cambian con la jubilación. Siempre tendré que tratar de encontrar palabras para las experiencias (como estoy haciendo en este momento). Pero, mientras que cuando estaba dedicada a las sesiones de tratamiento las busqué con otra persona, ahora las estoy buscando por mi cuenta. Pero lo que es familiar es la pequeña emoción que todavía me gusta cuando una palabra se desliza en su lugar y se ajusta perfectamente.

Al igual que Lear, creo que siempre invitaré a alguien a decirme la verdad sin barnizar, incluso cuando duele. Lear le da a su bufón este permiso. Varios miembros de mi familia y amigos comparten ese papel para mí. Sólo el bufón puede salirse con la suya confrontando a Lear con su locura (deberías haber sido sabio antes que viejo). He reflexionado sobre el bufón en *Rey Lear* como un modelo apto para el psicoanalista, pero también como una advertencia a los clínicos sobre el daño potencial en enfrentamientos desenfrenados. Por ejemplo, ¿catapulta el bufón al rey a la locura plena con sus marcadas reflexiones sobre las locuras de Lear? Y, ¿los acertijos y rompecabezas del bufón aumentaban o restaban poder



a sus mensajes? ¿Debería el clínico tomar de esto que las verdades duras pueden ser mejor soportadas cuando vienen en forma de mensajes disimulados?

El bufón desaparece permanentemente cuando Cordelia vuelve a entrar. De hecho, las dos partes son a menudo interpretadas por el mismo actor. Encuentro las verdades de Cordelia, enmarcadas por su compasión, más profundas. Cuando le dice a Lear que no le ha dado "ningún motivo" para querer hacerle daño, ella está superando la mera regla que la gobernó en la primera escena. Por supuesto, en el sentido literal, al rechazar a su Lear dio su causa. Pero Cordelia ve más allá de esto una verdad purificada de su justicia; una verdad del corazón, así como de la mente. ¿Qué significado podemos tomar de la ambigua declaración de Lear cuando Cordelia es asesinada de que "Mi pobre bufón es ahorcado"? ¿Son Cordelia y el bufón las dos caras de una moneda, de modo que Lear se refiere aquí a la muerte de ambos?

¿Mi camino también se alejará de las verdades literales, hacia un tipo diferente de rendición de cuentas? ¿Debo soportar tormentas para lograr algún tipo de sabiduría? Tal vez pueda verme a mí misma como mi último paciente, necesitado de un bufón sabio y compasivo que deje la verdad con amor.

¿Retirarse significa contar, en el sentido de sumar, qué creo que he hecho bien y cuanto daño (he producido)? Pero estoy segura de que mi contabilidad está plagada de defectos. ¿Cómo puedo medir cuánto bien y cuánto daño he hecho? Por ejemplo, ¿en qué columna debo poner a los pacientes que han dejado el tratamiento aún abrumados por síntomas preocupantes, pero más satisfechos interpersonalmente?

¿O debería dejar la contabilidad por completo y retirar los libros de contabilidad ellos mismos? Tal vez uno de los desafíos esenciales es superar la necesidad de probar algo. La demostración es sobre el orgullo, y el orgullo "se va antes de una caída". Como clínico, a menudo fui testigo del costo de poner el orgullo por delante de la vida misma. ¿Puedo poner la vida por delante del orgullo en esta última fase de mi propia vida?

Entonces, mientras pienso en poner la vida por delante del orgullo, me pregunto "¿de quién es la vida?" La mía, sin duda. No la vida de mis pacientes, sino la mía. Tal vez el mayor desafío de la jubilación a la identidad del clínico es que requiere este privilegio inequívoco de interés propio sobre la compasión por los demás. Parte de cómo me conocía, hasta este momento, incluía destreza en el equilibrio de mis propias necesidades con las necesidades de los demás. Si fuera mejor para el Sr. X verme a las 9:00 de la noche, pero yo quería terminar mi jornada laboral a las 7:00, Normalmente lo vería a las 8:00. Tenía mucha

práctica en esta forma de malabarismo. Lo aprendí joven y nunca dejé de perfeccionar mi habilidad. Hasta ahora.

Para ser clara, no es que nunca me pusiese primero. Lo hice, a veces. Pero antes de esto, consideré algún tipo de compromiso como el resultado ideal. Pero para retirarme, tuve que reemplazar el compromiso con crueldad. Incluso si un paciente estaba en una necesidad terrible, una necesidad abrumadora y exquisita, sentí que tenía que decir que no. Ya no más. Cueste lo que cueste, esta vez voy a ser lo primero.

No es como si nunca hubiera sido despiadada. Hace años le dije a una posición profesional de jornada completa con niños que dejaba ese trabajo, esa posición, y que nunca los volvería a ver. Cuando se requería brutalidad, había sido eficiente. Podría convocar la impenetrabilidad necesaria. Pero en el pasado estos momentos habían sido la excepción. Ahora eran la regla.

Lear desterró a Cordelia y Kent. Yo desterré a muchos más. Tal vez el destierro siempre sea parte del proceso de jubilación. Pero para mí, dada la naturaleza de nuestras relaciones, fue una desviación tan extraña de todo lo que la había precedido. Realmente no hay manera de prepararse para terminar una práctica. No creo que pudiera haber sido un poco más despiadada cada año hasta que me deslizase elegantemente en retirarme. Creo que retirarse tuvo que tomar la forma de una patada de karate, pero tal vez incluso esta creencia es una función de quién soy, más que una necesidad inevitable.

Nada antes de la escena de apertura en el Rey Lear nos prepara para afrontar su abrupto final. Había amado a Cordelia la mejor de sus tres hijas, y estimaba al leal Kent. La velocidad y el ángulo agudo de su intervención comienza su deslizamiento en locura. Su comportamiento desordenado es la primera señal de que su mente está desquiciada. Instado a reconsiderarlo por Kent, él es firme en su determinación de seguir adelante con sus decretos imprudentes. Tontamente, actúa como si arrojando a la "ingrata" Cordelia, y al "desobediente" Kent, se quedase con el apoyo sólido que necesita. Piensa que está cortando las extremidades gangrenadas para salvar el núcleo "sano". Pero, por supuesto, ha confundido los falsos halagos con la verdadera admiración, y se ha separado de aquellos que realmente lo sostendrían. En estas acciones Lear es tan ciego como Gloucester se volverá realmente, y, en cierto sentido, tan egoísta como sus dos hijas mayores. Lo que siembres, cosecharás.

El bufón nombra el defecto de Lear. No debería haber sido viejo antes de ser sabio. Pero eso es sólo la mitad de la historia. El "error" de Lear tiene que incluir su impulsividad junto a su pobre juicio. Ambos son ingredientes necesarios para su caída. Me pregunto si es inevitable cierta temeridad cuando uno se retira. ¿De qué otra manera se pueden realizar

acciones despiadadas, pero en raptos impulsivos? Pero juzgar mal puede no ser un concomitante inevitable. Para mí, puedo esperar que, si bien mis acciones pueden ser consideradas egoístas, e incluso despiadadas, mi comprensión de su impacto en mí misma y en los demás fuese en su mayoría correcta. Por supuesto, para aquellos a los que desterré, eso puede no importar mucho

¿Con qué me quedo, en el silencio, ahora que ha cesado el constante trabajo de la jornada laboral? ¿Será cierto para mí, como el cruel Lear declaró al principio de la obra, que "Nada viene de la nada"? O, ¿la sabiduría tardía de Lear será más cierta, cuando le diga a Cordelia al final que su celda tranquila puede liberarlas para "reírse de las mariposas doradas"? Lo que está más claro para mí ahora es que me quedo con mis defensas habituales, pero tienen que jugar en un contexto diferente. Todavía necesito estructura, pero ahora, en lugar de juegos pre-formulados, tengo que crear este jueves a partir de los asuntos pendientes de este miércoles. Todavía necesito ejercer la fuerza de voluntad que siempre ha sido mi estilo característico. Pero ahora me veré a mí misma a través de los diferentes desafíos corporales más a menudo presentes en mis días. Todavía necesito la sensación de un equilibrio de la vida. Pero el equilibrio ha cambiado drásticamente. La música, el arte, la poesía, la literatura, se han movido del fondo al primer plano, y el equilibrio entre el movimiento físico y el esfuerzo mental y emocional está más cerca de equilibrarse. ¿Me mantendré lo suficientemente bien como para mantener el equilibrio, a diferencia de Lear? El tiempo lo dirá.

## REFERENCIAS

- Baum, L.F. (1900). *The wonderful wizard of Oz*. Chicago: George M. Hill.
- Bishop, E. (2010). One art. In K. Young (Ed.), *The art of losing: Poems of grief and healing* (p.215). New York: Bloomsbury.
- Bloom, H. (2008). *Bloom's Shakespeare through the ages: King Lear*. New York: Checkmark Books.
- Bradley, A.C (1904/2008). King Lear. In: H.Bloom (Ed.), *Bloom's Shakespeare through the ages: King Lear*. New York: Checkmark Books. pp. 141-156.
- Buechler, S. (2012). *Still practicing: The heartaches and joys of a clinical career*. New York: Routledge.
- Dostoevsky, F. (1972). Notes from the underground. In: D. Magarshack (Trans.), *The best short stories of Dostoevsky* (pp.107-241). New York: The Modern Library.
- Eliot, T.S. (1943). East coker. In: *Four quartets* (pp.23-35). New York: Harcourt, Inc.
- Garber, M. (2004). *Shakespeare after all*. New York: Random House.

Shakespeare, W. (1633/1972). King Lear. In K. Muir (Ed.) *The Arden edition of the works of William Shakespeare* (pp. 1-206). London: Methuen.

Tolstoy, L. (1906/2008). On Shakespeare. In: H. Bloom (Ed.), *Bloom's Shakespeare through the ages: King Lear*. New York: Checkmark Books. pp. 156-163.

Original recibido con fecha: 20/10/2020      Revisado: 22/3/2021      Aceptado: 30/03/2021

## NOTAS

---

<sup>1</sup> N. de T.; En la versión original de este trabajo, se incluye aquí el párrafo inicial completo del trabajo "Amor y odio en la terminación de una práctica", que en esta versión se ha optado por extraer, para evitar redundancias.